

OBITUARIO ANA MARÍA PRESTA (1953-2024)

Sergio Angeli

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Universidad de Buenos Aires
Programa de Historia de América Latina (PROHAL)-
Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Argentina.
sh.angeli@gmail.com

María Carolina Jurado

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad de Buenos Aires
Programa de Historia de América Latina (PROHAL)
Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Argentina.
carolinajurado@conicet.gov.ar

Conocimos a Ana María en marzo de 1999 cuando, por segundo año consecutivo, dictaba las clases teóricas de la materia "Historia de América I (de los orígenes a la conquista)" de la carrera de Historia, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Con sus rulos a media espalda, sonrisa amplia y una propuesta de asignatura que fomentaba la mirada interdisciplinaria y etnohistórica de las sociedades americanas -como aymaras, incas y mexicas-, Ana María era una docente disruptiva en aquella carrera de Historia, poniendo en duda nociones decimonónicas de escritura o prehistoria y pregonando la urgencia del estudio de las poblaciones indígenas contemporáneas en su dimensión histórica. Fue una cursada repleta de imágenes, diapositivas con fotos de viajes personales y proyección de films, cuando el uso de recursos audiovisuales escaseaba en nuestra formación. Ana María introducía comentarios personales y reflexiones políticas entre las categorías y los problemas historiográficos, en el duro contexto neoliberal de ahogo presupuestario a las universidades y al sistema científico argentino, con altas tasas de desempleo y pérdida de nociones de futuro que marcarían fuertemente a quienes nos formamos a finales de la década de 1990. Particularmente, ese cuatrimestre de 1999 tuvo importantes movilizaciones universitarias, incluyendo la ocupación pacífica de la Facultad para visibilizar los reclamos. Ana María reiteraba en sus clases que no abandonáramos la carrera, que volviéramos a las aulas para continuar nuestros estudios; incluso, nos animaba a usar los tiempos difíciles para leer y escribir una reseña bibliográfica de un libro a elección, cuya devolución con comentarios personalizados realizaba individualmente a los/las aproximadamente 350

estudiantes de entonces, con cita previa en su querido Programa de Historia de América Latina (PROHAL), su lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, de la Facultad.

Su situación laboral en la Universidad de Buenos Aires como docente con dedicación exclusiva la llevó a dictar todos los años no sólo la asignatura “Historia de América I” sino, asimismo, seminarios de grado para la carrera de Historia, que abordaban contenidos de historia andina temprano colonial. En 2001, mientras el país se deslizaba a visibilizar una de las más duras crisis económicas y sociales que la mayoría de los/las estudiantes experimentábamos hacía años, volvimos a encontrarnos en la Facultad con una docente optimista, que abría una ventana a la lectura de las crónicas españolas que conquistadores y oficiales habían dedicado al mundo andino del siglo XVI. El aula se llenó de estudiantes, muchos/as de los/as cuales volvimos a cruzarnos al año siguiente en el Seminario Anual de Tesis (SAT) que Ana María dictó para aquellos/as que soñábamos con realizar nuestra primera investigación sobre la historia colonial andina enmarcada en una tesis de Licenciatura, en una Argentina que venía de experimentar la crisis de diciembre de 2001, con centenares de heridos/as, casi cuarenta muertos/as y bronca e impotencia por doquier. Una propuesta densa en lecturas nos acompañó cuatro horas semanales durante todo un año, mientras Ana María ponía su biblioteca personal –¡y cuantas veces más lo haría!- para posibilitar nuestro acceso a bibliografía imposible de adquirir en Buenos Aires. Muchos/as de quienes luego integraríamos sus proyectos de investigación nos conocimos en ese espacio, de formación inicial, de diseño de temáticas de investigación, de sueños que irían transformándose y, en algunos casos, concretizándose con los años.

Nuestras tesis de Licenciatura se defendieron entre los años 2003 y 2004, quedando un extenso grupo de jóvenes graduados/as sin inserción académica alguna. La situación económica y la reducción del sector científico que impulsaron las políticas neoliberales del consenso de Washington implementadas en nuestro país en los años 90’s, arrojaron al mercado laboral formal e informal a una decena de historiadores/as, que trabajábamos como cajeros/as de supermercados, cadetes/as, secretarias/os de oficinas y todo lo que fuera necesario para sustentarnos. Una vez más Ana María, que había vivido la exclusión académica de los años de la última dictadura cívico-militar argentina y de la década menemista, abrió las puertas del PROHAL y de su cátedra en la Facultad para que el grupo que ella había formado no se disgregara. Comenzó una etapa de lecturas, de discusión de textos, de encuentros académicos con profesores/as que Ana María invitaba del extranjero y, sobre todo, se empezó a vislumbrar la idea de que, en algún momento, realizaríamos nuestros estudios de

Doctorado en Historia. Esa etapa se concretó cuando, entre los años 2005 y 2007, la gran mayoría del equipo que, hasta el momento congregaba informalmente, accedió a becas doctorales de la Universidad de Buenos Aires, y sobre todo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (I+D+I), gracias a una política gubernamental de incentivo a la ciencia a través de la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (MINCYT) en diciembre del 2007. Fueron años de una gran alegría para Ana María y su “equipo”, como le gustaba llamarnos. La financiación de Proyectos de Investigación, evaluados por pares nacionales e internacionales, permitió el equipamiento del PROHAL -el espacio institucional que nos albergaría como lugar de trabajo desde entonces- con computadoras, escáneres, impresoras, bibliografía actualizada y, además, la participación en Simposios y Congresos especializados y las estadías en archivos históricos nacionales e internacionales que nos permitieron acceder a y/o completar nuestras bases documentales. Para la mayoría de nosotros/as era la primera vez que viajábamos al exterior del país, ya fuera para Jornadas académicas y/o para realizar estancias de investigación. Ana María nos enseñaba en la práctica cómo pedir la documentación y ficharla, cómo seleccionar temas, priorizar legajos y un sin fin más de herramientas fundamentales en la investigación archivística e histórica. Por ello, se preocupó tempranamente en fomentar el dictado de seminarios de grado de paleografía medieval y moderna en la carrera de Historia y en promover toda posibilidad de asistencia a diversos repositorios históricos que sustentaran nuestras investigaciones. Lo anterior se acompañaba con la generosa apertura de su base de datos que, nutrida por una prolongada estancia en los archivos bolivianos durante sus estudios de posgrado, contenía entradas para un sinfín de grupos e individuos, de la sugerencia y guía de posibles legajos y repositorios que pudieran potenciar nuestras investigaciones así como de su modo preciso de compartir copias documentales cuando estaba a su alcance. La pasión por el Archivo y el afán por la documentación empírica inédita era algo que Ana María transmitía diariamente, en sus palabras y en sus prácticas de asistencia reiterada al Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia cuando la ocasión lo permitía, de memoria incansable de anécdotas de archivo y de relatos nutridos de pasajes documentales que le permitían diseñar genealogías, amoríos y picardías de españoles/as, mestizos/as e indígenas que convivieron con ella y con nosotros/as en toda ocasión.

La financiación de la cual gozó el sistema científico permitió el diseño de Mesas y Simposios y la asistencia a Congresos y Jornadas que “AMP” -como la nombrábamos en el equipo- fomentaba y/o asesoraba en su elección caso a caso. Así, las Jornadas InterEscuelas de Historia, en Argentina, y el Congreso de

la Asociación de Estudios Bolivianos (AEB), en Sucre, fueron instancias en las que nos congregó de modo grupal y en las que aprendimos formas de exponer y responder consultas, de presentar resultados de investigación en plazos cortos y de participar activamente, preguntando y meditando sobre las ponencias de la especialidad, durante y luego de las Jornadas. A pesar del paso de los años, de los derroteros académicos posteriores, de los interrogantes e historiografías escogidas, continuó dispuesta a escuchar nuestras dudas de investigación, a leer versiones preliminares de ponencias y publicaciones, a resolver dudas paleográficas, a guiar en la búsqueda documental, a discutir sobre recientes publicaciones y/o trabajos inéditos oídos en distintas reuniones académicas, sensible al surgimiento de nuevos interrogantes y preocupada por el futuro no solo de nuestros derroteros individuales sino de equipos de investigación que, abiertos a nuevas incorporaciones, garantizaran la continuidad y renovación de los estudios coloniales en el PROHAL y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Fueron dos décadas de trabajo a su lado, enmarcadas por la labor científica y académica, pero anudadas por gestos de cariño, palabras a tiempo, cenas y cumpleaños compartidos, preocupaciones personales, charlas de literatura, cine y actualidad política, relatos y anécdotas variadas. Resulta difícil despedirse de Ana María, investigadora rigurosa y exigente, docente apasionada, ciudadana comprometida, defensora de la educación pública y de la ciencia argentina, valores que inculcó en quienes nos formamos bajo su dirección. Sin dudas, cada vez que aquellos/as que circulamos alguna vez por sus aulas de la Universidad de Buenos Aires nos reunamos en Sucre o Buenos Aires, Ana María asomará tras las anécdotas, tras la mención casual del nombre Ondegardo, al recomendar una cena elaborada, al discutir sobre literatura, cine y jazz, al organizar un Simposio, al pensar en la educación pública y la ciencia argentina, sonriendo con energía desbordante y gestando, sin saberlo, futuros proyectos alrededor de esa mesa.